

De Camino hacia una nueva vida

Estoy huyendo, pero no sé de qué o de quién. Mis pies se encuentran doloridos a causa de las numerosas heridas que presentan. Yo sigo corriendo, no miro hacia atrás, pero siento el latido de mi corazón tan fuerte, que me hace recordar a cuando estábamos todavía en casa y se escuchaban las alarmas avisando de un nuevo ataque, que posiblemente acabaría con nuestra vida. Sentía miedo, pero yo reclinaba mi cabeza en el pecho de mi madre, que acariciaba suavemente mi cabello intentando tranquilizarme; era imposible; se oían los llantos de los bebés atemorizados por el caos y el sufrimiento. Yo sigo huyendo sin mirar atrás, de vez en cuando se oyen gritos de niños lanzando pedradas, gritando hacia mi dirección ¡comunistas!; no veo nada solo pienso en lo mismo: huir, hasta llegar por fin a lo que era mi nueva casa, aunque no presentaba cimientos, era como cuando, allí, en mi verdadero hogar jugaba con mi hermano pequeño a los aventureros en una tienda de campaña. Así intenté hacérselo ver. Solo estábamos haciendo un juego en el que también estaba implicado toda la vecindad.

Por fin estoy a salvo, y encuentro recostada en un rincón a mi madre, que lleva enferma desde que llegamos aquí. Puedo recordar momentos en los que éramos felices; ella siempre traía una sonrisa, que se veía claramente en ese brillo típico de los ojos, que te llegan hasta lo más profundo de tu corazón. Yo únicamente le decía qué tal me había ido la escuela, pero ella me atendía como si fuera la persona más importante, a quien tenía delante; ahora me doy cuenta de todo, hasta entonces yo vivía indiferente, todo me daba igual pues lo tenía todos los días. Hoy me saltan las lágrimas al verla tan mal, aunque ella continúa diciéndome que todo va a salir bien, pero yo sé que no es verdad; ya nada tiene solución; al final todos acabaremos muriendo como muchos han hecho ya al no poder seguir adelante. Todo es una gran mentira; no sé ya dónde poner mis esperanzas, mis ilusiones. Tengo que llevar a toda mi familia adelante; ellos solos no pueden, necesitan mi ayuda, pues aún tengo suficientes fuerzas para ir a buscar la comida que traen cada dos días al campamento. También tengo que cuidar de mi madre y mi hermanito, que aún apenas sabe lo que hace. A veces siento curiosidad por saber lo que piensa, pues siempre fue un niño un tanto extraño, al que le gustaba quedarse observando a las personas fijamente, como si las

estuviese analizando; después, como si hubiese obtenido una brillante conclusión, hacía un gesto con los hombros y simplemente se iba a algún otro lugar; siempre había tenido mucha imaginación, por eso más de alguna vez había conseguido salir de una mala situación; con un poco de optimismo y esperanza. Lo que a mí me falta; además creo que nunca más podré volver a sentir algo de alegría.

Dejo todo atrás, quedándome prácticamente solo, porque quiero pensar. encuentro un lugar para mí, alejado de toda esa confusión, es casi perfecto, pues se halla en un sitio rodeado de árboles, y con un precioso lago decorado con algunos patos. Ay, cuántas veces acudíamos los domingos por las mañanas a darles de comer un poco de pan duro que había sobrado del día anterior; se oían las risas de mi hermano jugando; ahora lo que daría yo por uno de esos pedazos que desperdigábamos por las aguas turbias. También allí se encontraba un camino que conduce a una pequeña casita; la nuestra; pero de pronto todo como si se esfumara, desaparece quedando un seco árbol y yo. Alguien me llama, es una voz infantil familiar; mi hermano. Parece preocupado, entonces yo también lo hago, por eso corro hasta donde se encuentra exhausto pues estaba bastante lejos. Pero nada más preguntarle qué le ocurría, le salían las lágrimas a borbotones, y poniéndose su pequeña carita roja de tanto sollozar, me contestó que se había hecho daño en el brazo jugando; lo miré con compasión, pues ese problema era fácil de solucionar. Acudimos a un centro médico que habían colocado en donde nos instalamos, y allí le atendieron lo mejor que pudieron, o esa sensación me dio a mí, dejándome la conciencia tranquila y cesando esas inquietudes que parecen cosquillas dolientes en tu corazón, ya que mi hermano estaba en buenas manos. Empecé a recordar de nuevo; a aquel pediatra, que en un principio me hacía desconfiar, pues tenía demasiados objetos puntiagudos, que yo creía que únicamente servían para matar, entonces yo estaba atemorizada; sin embargo, ante esa situación tan "violenta" ahora suelto una gran carcajada; tenía miedo de lo que me pudiera pinchar ese hombre, que parecía tan dulce con la mirada, como si le hiciese gracia mi forma de actuar.

Vuelvo a la realidad; no sé por qué, pero últimamente estoy olvidando algunas escenas de mi vida anterior, por eso siento tristeza porque resultaban ser mi único consuelo para sacar adelante esta dura situación.

Empiezo a llorar en un ataque de angustia, no entiendo qué he hecho mal; simplemente puede que me haya peleado en algunas ocasiones con mi hermano, o por algún despiste no haya ayudado a mamá, no lo comprendo; ¿por qué a mí?, ¿qué es lo que tengo yo que no tengan los demás niños?. Nunca lo entenderé. Por eso se lo oculto a las personas, especialmente a mi familia; no quiero que se preocupen por mí, ellos ya tienen bastante con tener que estar viviéndolo. Camino despacio hacia donde está mi madre, que parece dormida; otra vez parece sonreír, seguro que está soñando algo hermoso; así que decido no molestarla. Me tiendo cerca de ella como cuando era pequeña y tenía pesadillas, para sentirme acogida por ella. Cierro los ojos y duermo, acurrucada junto a mi madre.

Cuando despierto, siento un brazo frío sobre mí, intento averiguar de quién es; pero, al mirar hacia atrás caí desmayada. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí; oigo las voces de unos hombres discutiendo algo entre ellos. Cuando consigo reclinar mi cabeza para sentarme, veo que estoy en una especie de sala llena de gente, no entiendo nada yo debería estar en mi casa despertándome como últimamente había estado haciendo, pero no fue así. Pero de pronto, en un instante fugaz, veo a mi madre pálida, un cuerpo sin vida al lado mío. Gritando, empecé a patallar, no me lo podía creer; nos había dejado solos. Mi padre se encontraba luchando valiente en el frente, y aquí rodeados de personas, no encontramos a ningún familiar. Deseaba salir de esta horrible pesadilla; gritar; pellizcarme, pero no funcionaba. Mi madre ya no volvería a sonreír nunca más, pues el brillo de sus ojos se había acabado para siempre, para no volver a encenderse.

Vuelvo a mi tienda, ya sé que nada tiene sentido, solo tengo que intentar que mi hermano siga siendo él mismo, y para ello antes tendré que limpiarme la cara, que está húmeda y rojiza de tanto llorar. Siento el agua fría sobre mi rostro, cada gota en mis mejillas, siento hundirme en ellas como en una gran piscina. Levanto mi cabeza y puedo observar que hay dos insectos, llevando entre los dos un trozo de comida; eso me hizo reflexionar un momento, si esos seres tan diminutos están cooperando para sacar adelante su futuro, entonces no estarán haciéndolo en vano, pues cada uno tiene su historia y su deber en la comunidad, cada uno es importante; por tanto aunque sea muy diminuto sigue aportando su pequeño grano de arena. Me hizo abrir los ojos, pues no tenía que pensar solo en el pasado

lamentándome de que era mucho mejor; así no me extraña de que mi perspectiva de eso fuera tan pesimista, por eso desde ahora voy a soñar con el futuro; todos nuestros proyectos, que pueden ir a mejor con un poco de esperanza. Sin embargo, sigo necesitada de ella. Yo sola no puedo; soy solo una niña, aunque quiera parecer una adulta.

Salgo fuera, y veo movimiento de personas hacia la entrada del campamento. Reconocería esa mirada en cualquier parte: es mi padre, pero qué hace aquí?. Parece herido, pero enseguida me encuentra y me tiende la mano, diciéndome: ahora sí que no nos volverán a separar.